

UN DÍA COMO HOY HACE CINCUENTA AÑOS ...

ANTONIO GARRIGUES WALKER

El año 1953 fue un año importante y en su conjunto positivo para España. Alfredo Di Stefano se incorporó al fútbol español a bombo y platillo; la economía empezó a mejorar de forma visible después de un largo período de intensa penuria; y España salió, de forma ya definitiva, del aislamiento internacional que había iniciado Francia en Marzo de 1946 cerrando su frontera con España y que culminó a finales de ese mismo año con la retirada masiva de embajadores como consecuencia de una resolución de Naciones Unidas condenando el régimen español.

Este aislamiento, verdaderamente dramático, buscaba la desestabilización y el debilitamiento progresivo del franquismo, pero —a pesar de los continuos y valerosos esfuerzos de la izquierda europea en colaboración con el exilio español y la oposición interna—, sucedió justamente lo contrario: la consolidación y el fortalecimiento de un régimen, que supo dirigir y manipular, con verdadera maestría, la opinión pública de un país al que su Guerra Civil había dejado profundamente herido y desconcertado, como sin aliento y sin ideas; un país, cuyo Jefe de Estado, al concluir la Segunda Guerra Mundial se convirtió para los vencedores —así lo dice Stanley Payne, el analista más objetivo de esa época— «en el más odiado Jefe de Estado en Europa, en un residuo fascista que desafortunadamente no pudo ser eliminado como Hitler y Mussolini».

Durante esa época de completa soledad, Franco y su gente nunca renunciaron —al margen de la retórica oficial— a la idea de recuperar, si no un reconocimiento pleno, si al menos un «modus vivendi», en las relaciones con algunos países claves que mitigara la dureza, tanto política como económica, de las sanciones. Eran conscientes de que sería imposible sobrevivir, a medio plazo, en la intemperie absoluta. Sus esfuerzos empezaron a tener cierto éxito a partir de 1950, año en el que se produce —gracias exclusivamente a la ini-

ciativa y a las múltiples gestiones políticas y diplomáticas del Gobierno norteamericano— la revocación de la condena de la ONU (con la abstención de Francia, Gran Bretaña y Suecia) y el regreso de los embajadores.

Empieza así una nueva época en las relaciones internacionales de España que va a dar lugar en 1953 a tres éxitos políticos verdaderamente importantes para el régimen de Franco: el 30 de Enero España ingresa en la UNESCO, un organismo que se había creado en París en 1946, justamente en el año de la condena del régimen; el 27 de agosto se establece un nuevo concordato con la Santa Sede —tema especialmente sensible en aquella época— que incluía la obligación del clero de elevar preces diarias por el Jefe del Estado; y, por fin, tal día como hoy hace cincuenta años, se firman los Convenios de Ayuda y Defensa con los EE.UU., unos acuerdos que volvían a colocar a España en el mundo real.

¿Porqué los EE.UU., que hasta entonces habían mantenido una actitud claramente contraria al régimen de Franco, deciden respaldarlo? El endurecimiento de la guerra fría y muy en concreto la guerra de Corea, —en ello coinciden todos los analistas— llevó a los militares americanos al convencimiento de que España podría ser una baza estratégica muy valiosa para controlar el tráfico en el mediterráneo y como país de contraataque en caso de un avance soviético.

El hecho de que España fuera una dictadura fascista planteaba algunos problemas formales y de imagen, pero cuando la seguridad estaba en juego —y en aquellos días la amenaza soviética era real y cierta— los prejuicios democráticos se superaban con facilidad. Ya entonces se empezó a utilizar una distinción —que Henry Kissinger elevó luego a principio básico— entre países con régimen autoritario o totalitario, una distinción que permitía negociar con los primeros por cuanto acabarían evolucionando hacia la democracia, cosa que nunca ocurriría con



El 23 de diciembre de 1959, Dwight D. Eisenhower se convirtió en el primer presidente de Estados Unidos en visitar España

ABC

«Ha sido un quid pro quo. Ellos tenían cosas que nos interesaban y nosotros hicimos lo necesario para alcanzarlas. El tema estaba pendiente desde hace tiempo y estoy seguro de que beneficiará nuestros intereses», comentó Eisenhower tras la firma del pacto

los regímenes comunistas. Aún así convencer a sus propios políticos y en concreto al Presidente Truman fue para el Pentágono una tarea difícil y las conversaciones descarrilaban y se interrumpían con frecuencia.

La llegada al poder del General Eisenhower y la reiterada y cada vez más firme posición favorable de los militares, cambió el clima negociador de forma radical y el nuevo Presidente firmó los Convenios (y los duros pactos secretos que tuvieron que ocultarse en España) el 26 de Septiembre de 1953, exactamente dos meses del fin de la guerra de Corea. Para justificar estos pactos, Eisenhower se limitó a decir, con exquisita distancia, lo siguiente: «Ha sido un quid pro quo. Ellos tenían cosas que nos interesaban y nosotros hicimos lo necesario para alcanzarlas. El tema es-



REUTERS

Militares del Ejército de EE.UU. y España conmemoraron ayer, en la Base naval de Rota (Cádiz), el 1.º Aniversario de la firma de los acuerdos entre ambos países

taba pendiente (in the mill) desde hace tiempo y estoy seguro de que beneficiará nuestros intereses».

Hasta aquí el rápido —y me temo que muy incompleto— resumen histórico de unos acuerdos que han sido, son y seguirán siendo motivo de polémica y enfrentamiento entre historiadores y políticos, unos acuerdos que en la actual situación del mundo, van a volver a despertar todo género de sensibilidades. ¿Cómo sería España hoy si tales acuerdos no se hubiesen firmado, como pedían entonces con gran vigor los países europeos y muy especialmente Francia? Es muy difícil navegar con objetividad, e incluso sin ella, en el reino fascinante de los futuribles y de la historia-ficción. Muchos darán por seguro que el régimen de Franco, sin ese respaldo americano, habría desaparecido a corto plazo y que España, con más o menos dificultades, se habría incorporado a Europa y hubiera seguido su curso, sin traumas ni complejos, al estilo, por ejemplo, de Italia. Otros, —pienso que los menos pero no estoy seguro—, rechazarían este pronóstico como un ensueño irreal y absurdo y vaticinarían, para el supuesto citado, una catástrofe absoluta, un caos que habría generado daños irreparables, incluyendo la soviétización de España. No es hoy el momento para profundizar en este debate.

Tiene quizá más interés el comprobar como las relaciones entre España y los EE.UU. han generado con excesiva frecuencia distanciamientos y dificultades entre España y Europa. Ese fue el caso en el 53 y ese fue de nuevo el caso en las negociaciones para renovar los acuerdos. El 7 de Mayo de 1963, el Embajador en los EE.UU., Antonio Garrigues Díaz-Cañabate —una gran persona que va a cumplir 100 años, un hombre que ha contribuido a la modernización política y económica de España— se dirigía al entonces Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando María de Castiella, en los siguientes términos: «He tenido en cuenta: 1º la lentitud de evolución del Régimen y especialmente la incertidumbre respecto a la sucesión; 2º la hostilidad que sigue despertando en muchos medios políticos europeos, reactivados ahora por el

«Las relaciones entre España y los Estados Unidos han generado con excesiva frecuencia distanciamientos y dificultades entre España y Europa»

enjuiciamiento de Grimau; 3º el estado de fluidez y confusión en que se encuentran organizaciones como la OTAN y el Mercado Común. Ante esta situación, estimo que el único punto de apoyo auténtico que tenemos sigue siendo la amistad y la alianza con Estados Unidos. No podemos en estas circunstancias proceder a una rescisión de los Convenios, a menos que afrontásemos el riesgo de la aventura que supondría adoptar una actitud neutralista, más o menos respaldada por la URSS, única garantía que la haría viable. Si esto es así, si hay que renovar los acuerdos, de lo que se trata es de no acceder —como es el deseo norteamericano— a una reconducción pura y simple de los de 1953. En mi opinión, nuestro objetivo debería ser doble: En primer lugar elevar el rango de los Tratados, si no en la letra y en la denominación— lo que, como sabes, obligaría a intervenir al Poder Legislativo, siempre incierto— si de hecho, obteniendo un verdadero pie de igualdad con EE.UU. como el que concede a los otros aliados europeos. En segundo lugar, hacerlo de modo que la alianza americana no nos aisle de Europa, como de hecho ha ocurrido desde 1953, sino al contrario, nos enlace con ella y concretamente con los dos países que más nos interesan —independientemente de Gran Bretaña— que es un caso aparte— es decir, Francia y Alemania».

Hoy, 26 de Septiembre del 2003 nos encontramos en una situación parecida. Propongo que entre todos nos dediquemos a buscar fórmulas que no nos obliguen ni a elegir ni a enfrentarnos ni a dividir. A lo mejor no es estrictamente necesario.